



El antropólogo francés Claude Lévi-Strauss está acostumbrado a estudiar desde fuera, con perspectiva distante, todas las culturas, incluida la propia.

VUELTA AL MUNDO CON LEVI-STRAUSS

EL FAMOSO ANTROPOLOGO INTERPRETA Y JUZGA LOS ACONTECIMIENTOS Y LAS TRAGEDIAS DE LOS ULTIMOS AÑOS, DESDE LAS GUERRAS ENTRE PAISES SOCIALISTAS AL RENACIMIENTO DEL ISLAMISMO, DESDE BOKASSA HASTA CARTER, DESDE LA CRISIS DEL MARXISMO HASTA LA EXPLOSION DEL NACIONALISMO DE IZQUIERDA.

MARCO D'ERAMO

PARIS. Se habla poco de ello, pero hay también un reflujo del racionalismo. Los racionalistas parecen replegarse ante el "revival" del islamismo, el relanzamiento del catolicismo, los "nuevos filósofos", los nacionalismos exasperados del Tercer Mundo y los peligros nucleares agorados por la ciencia. Pero entre los supervivientes de esa corriente está el antropólogo francés Claude Lévi-Strauss, tal vez el más famoso estructuralista moderno. Su perspectiva es distante, la de alguien que está acostumbrado a estudiar desde fuera todas las culturas, incluida la propia. Hay

algo de saludable en el racionalismo de este anciano distinguido, volteriano, sin ilusiones; pero también sin desesperanzas, que deja un espacio racional incluso a lo irracional. Durante dos horas, Lévi-Strauss ha puesto de manifiesto su atención constante, aunque sin afán alguno, hacia los avatares de la política mundial. En sus frases, el estruendo de los medios de comunicación de masas, de los efímeros y volubles comentarios de la actualidad cotidiana, se amortigua en la calma de un análisis distante, o mejor, etnológico.

—Del Pontífice Wojtyła al anabaptista Carter y al aya-

tollah Jomeini, ¿no está acaso la religión reconquistando espacios que parecían perdidos para siempre?

L.-S.—En el mundo de hoy, sorprende el retorno con fuerza de las ideologías. Los siglos dieciocho y diecinueve parece que marcaron el triunfo de la razón. Ahora nos damos cuenta de que ocurre justo lo contrario.

—Normalmente se contraponen el retorno de la religión a la crisis de la ideología.

L.-S.—Tal vez haya gente que distingue técnicamente entre religión e ideología; yo, no. Para mí la religión es una forma de ideología.

—En el caso de Irán, el re-

chazo de Occidente choca con una voluntad de modernización. ¿No le parece una contradicción insoluble?

L.-S.—Me resulta difícil contestarle, porque no soy islamólogo ni especialista en la cultura árabe. Pero si me permite hablar de un país que conozco algo mejor, porque pasé allí una larga temporada hace dos años, puedo decirle que ese país, Japón, ha logrado integrarse en la era industrial no por medio de una "revolución", como ocurrió en Europa, sino mediante una "restauración", o sea, mediante el retorno a la antigua ideología. No se trata, pues, de una contradicción necesaria, automática.

—¿No hay, sin embargo, una relación entre ideología y modo de vida? En el fondo, el Islam era la religión de un pueblo de pastores, nómadas, comerciantes, no de buscadores de petróleo.

L.-S.—Mis contactos con el mundo islámico han sido más bien escasos. En mil novecientos cincuenta pasé cierto tiempo en Pakistán y en lo que hoy es Bangla Desh, y mis observaciones no son demasiado actuales. Pero entonces tuve la impresión de que no existe una contradicción inevitable entre el espíritu islámico y ciertas tendencias marxizantes o socializantes.

—¿Por qué?

L.-S.—Cada uno de esos dos sistemas afirma que las esferas de la vida espiritual y social no están separadas, sino que se compenetran recíprocamente. Así, el Islam no me pareció tanto una religión de pastores cuanto de soldados, de conquistadores. Pero, repito, que no me gusta hablar de cosas que conozco poco.

—En resumen, la vuelta al Islam, ¿no significa rechazo de la sociedad occidental?

L.-S.—El rechazo de una serie de aspectos de la civilización occidental. Pero el rechazo de determinados aspectos, sobre todo ideológicos, no tiene por qué signifi-

car la negación de la totalidad.

—¿Se puede negar la ideología sin poner en cuestión el resto? Sin embargo, en cuanto China ha tratado de abrirse un poco a los capitales y a la tecnología occidentales, han hecho su aparición allí el tango, la coca-cola; esto es, elementos que no son ideológicamente neutros.

L.-S.—Ejemplos de este tipo pueden citarse cuantos se deseen. Pero es muy peligroso representarse la civilización occidental o la islámica o la china como bloques que, cuando entran en contacto, o se desmoronan o bien asimilan residuos ajenos. Si Japón se ha occidentalizado, no lo ha hecho a imagen y semejanza de Occidente, sino que ha realizado una síntesis original. Pienso que también China realizará una síntesis original, y lo mismo ocurrirá con el mundo islámico. Y todas estas síntesis tendrán un efecto "boomerang". La imagen que tenemos de nuestra civilización se verá modificada por el modo en que otros la hayan asimilado. Dentro de un siglo, o de dos, o de cuatro, o de cinco, no importa, nos encontraremos ante culturas híbridas. Pero también la nuestra tendrá ese carácter por el efecto a que acabo de referirme. Mi respuesta podrá parecerle vaga, pero en la vida he elegido el papel de etnógrafo, lo que significa aplicar a las culturas una escala de siglos, que no de años. Hemos creído en el intelectual comprometido, politizado porque creíamos que la política podía intelectualizarse y que el mundo social podía ser pensado. Pero el mundo se ha vuelto demasiado diverso, demasiado complejo, y no creo que pueda ser ya pensable globalmente. Así, la política funciona al día con sus estímulos y respuestas inmediatas. Yo no puedo darle una respuesta política. Pero si hablamos de civilización, habrá que dirigir la mirada mucho más lejos y entonces se verá cómo en el futuro aparecen ciertos híbridos. Esos híbridos seremos nosotros.

—Los nuevos híbridos parecen, sin embargo, antiguos. La guerra de religión es una vieja forma de conflicto.

Pensábamos haberla dejado atrás.

L.-S.—En nuestra civilización hay una especie de pecado original, el de haber imaginado que todo pudiese ser referido a valores racionales, que se pudiese hacer completa abstracción de lo irracional, que lo irracional pudiese irse reduciendo progresivamente hasta desaparecer. Pues bien, resulta que lo irracional se vende. Y este hecho no me parece en absoluto un mal en sí.

—¿Por qué?

L.-S.—La revancha de lo irracional adopta formas a menudo odiosas, abominables, pero no creo que puedan existir sociedades humanas susceptibles de ser vividas, que no dejen un espacio a lo irracional. Lo irracional constituye una certeza común a la sociedad, no puede ser discutido por este o aquel grupo. Sólo cuando pretende ser racional, puede criticarse, negarse. Ese elemento irracional que está en la base de la certidumbre social es, para mí, el mito.

—¿No hay nada en Europa que cumpla la función mítica?

L.-S.—En parte, la ciencia, y sobre todo, la Historia. Todas las sociedades existen en la Historia, pero algunas tratan de hacer como si la Historia no existiese, no se proyecta, no se miden con ella. Por el contrario, nuestra sociedad hace de la Historia el motor del propio progreso.

—El mito de la Historia, el historicismo, la confianza en una determinada idea de progreso están en decadencia. También el marxismo está en crisis. En su último libro, Bernard Henri-Lévy sustituye el mito de la historia por el del monoteísmo.

L.-S.—No he leído "El testamento de Dios". Pero hay que distinguir dos aspectos de la cuestión. El papel mítico de la Historia consiste en dotarnos de un esquema de interpretación para sobreponer el presente al pasado, o a la imagen que tenemos del pasado, y presagiar, adivinar el futuro a partir de estos datos. En este sentido, la Historia cumple la función que en las sociedades sin escritura correspondía al mito. Y esto es cierto en todos los casos. Que

tal o cual modalidad de historia esté en crisis, no quita nada a su función general. La crisis del marxismo es el rechazo, por algunas personas, del esquema marxista para el cumplimiento de esa función permanente de la Historia. Pero habrán de sustituirlo por otro.

—¿No hay ninguna contradicción entre el permanecer de la Historia y el recurso cada vez más frecuente a conceptos de absoluto, a trascendencias?

L.-S.—Tratar de interpretar nuestro presente o nuestro futuro a la luz de la expropiación de los campesinos ingleses en el siglo trece o a la luz de la Revolución Francesa, o

problemas que plantea el ecologismo no pueden resolverse sin ayuda de la ciencia.

—En el movimiento ecológico, ¿no encontramos una componente religiosa, sea por el catastrofismo milenarista, sea por la idea de un castigo divino al orgullo del hombre tecnológico?

L.-S.—Cierto, esa componente existe. Pero el retorno a una edad preindustrial me parece ilusorio. En una sociedad como la nuestra y con nuestro nivel de desarrollo, aunque tampoco me gusta la palabra desarrollo...

—¿Por qué?

L.-S.—Porque implica la idea de una especie de desarrollo lineal. Pero no podemos



"La rivalidad entre China y Rusia se remonta a varios años". En la foto, prisioneros chinos custodiados por mujeres-soldados vietnamitas al Noroeste de Hanoi.

bien sobre la base de lo sucedido hace dos o tres mil años en el ámbito de la tradición judeo-cristiana, son modos diversos de utilizar la Historia. Pero se trata siempre de esta última.

—También el mito de la ciencia se resquebraja ante los embates del movimiento ecologista y por culpa de algunos sucesos como el de la central de Harrisburg.

L.-S.—No estoy de acuerdo. Soy partidario convencido de la ecología. Tengo en el campo una propiedad bastante grande y soy un "conservacionista" apasionado. No pesco en el arroyo, ni deo cazar allí, respeto, en la medida de mis posibilidades, todas las formas de vida. Pero estoy convencido de que los

volver la espalda al pensamiento científico. Lo que honra y glorifica a nuestra civilización —porque, al margen de todos los vicios y todas las ignominias que hemos cometido, tenemos también una gloria y un honor— es el pensamiento científico. Porque no es el caso establecer un conflicto entre ciencia y otras aspiraciones.

—Sí, pero en la ecología parece que, por un lado, está el hombre y, por otro, la Naturaleza, como si el hombre estuviese fuera de la misma.

L.-S.—Es un defecto general de nuestra civilización que ha tratado de definir los problemas en términos demasiado antropomórficos, humanos, que no ha considerado o que ha olvidado



"En el caso de Irán, el rechazo de Occidente choca con una voluntad de modernización". En la foto, la mezquita de la ciudad santa de Qom, con la efigie del ayatollah Jomeini.

completamente que el hombre no es el dueño y señor de la creación, sino que es sólo una parte y que debe por tanto respetarla. El humanismo no puede ser desmesuradamente orgulloso, sino que debe ser modesto para salvarse. Pero no conseguiremos utilizar más modernamente el universo sin el auxilio de la ciencia. Tomemos, por ejemplo, los problemas energéticos. Es absurda, impensable, la idea de que una civilización como la nuestra pueda renunciar de la noche a la mañana a la energía. Si queremos descubrir otras formas de energía, menos contaminantes y menos peligrosas que la nuclear, sólo la ciencia puede proporcionarlas.

—Hablemos de nuestras abominaciones, como usted dice. En los ritos de Amin Dada, en las subidas al cielo de Mobutu Sesé Sekó al final de los programas de la televisión del Zaire, en la coronación de Bokassa, está la imagen caricaturizada de nosotros mismos.

L.-S.—El ridículo de estos ritos es culpa nuestra. ¿Quién se ha esforzado en destruir sus tradiciones, sus ritos, la confianza en sus valores? Nosotros. Yo haría una distinción. Por un lado, muchas culturas están convencidas, de forma confusa, aunque profunda, de que no puede existir una sociedad sin instituciones, sin ritos, sin símbolos. Por otro lado, están los símbolos particulares, los ritos que, por ejemplo, los africanos, se sienten obligados a tomar prestados a Occidente.

—La coronación de Bokassa, Napoleón sin Imperio, es el símbolo de una realidad ausente.

L.-S.—¿Recuerda usted, en el "Dieciocho brumario de Luis Napoleón Bonaparte" de Marx, la afirmación de que "cuando la Historia se repite, se convierte en caricatura de sí misma"? Si bien resulta ridículo un rito imperial occidental en un pequeño Estado africano, hay que tener en cuenta que no existen sociedades sin ritos, incluido el Gabón. En cualquier caso, repito, somos culpables de haber infundido en sus espíritus la duda sobre el valor de su pasado. Esto no es sino el resultado del dominio que durante tanto tiempo hemos ejercido sobre ellos. Los africanos deben reconquistar progresivamente la conciencia del valor de su propio pasado.

—Antes dijo usted que la ciencia era uno de nuestros pocos motivos de orgullo. Pero, ¿acaso no han sido precisamente el poder de la ciencia y la tecnología occidentales lo que ha "enagado" a las otras civilizaciones?

L.-S.—Es verdad. Somos presa de una serie de contradicciones, de antinomias que pueden parecernos insolubles, por lo menos en este momento. Volvamos a Japón, donde me parece que mejor ha conseguido asimilar la cultura el mundo occidental e industrial, lo que le parecería absolutamente indispensable para salvaguardar la propia independencia. Los japoneses de la segunda mitad del siglo

diecinueve comprendieron que estaban perdidos si no se industrializaban. Al mismo tiempo, Japón consiguió conservar todo un sistema de valores tradicionales y originales, hasta las vísperas de la segunda guerra mundial. Luego, la balanza se inclinó hacia el otro lado. Sin embargo, todavía subsiste un cierto equilibrio. Un equilibrio amenazado, pero que puede resistir si se recobra en cierto modo la conciencia de los valores tradicionales. También nosotros en Occidente intentamos esa recuperación cuando es demasiado tarde...

—¿A qué valores se refiere usted?

L.-S.—Por lo que respecta a Francia, por ejemplo, me refiero al renacimiento de regionalismo occitano, bretón, corso, y del culto por las tradiciones locales. En el caso de Japón es todavía posible preservar un equilibrio original si aquel país se lo propone. No sé si esto es todavía imaginable en otros países, pero lo dudo.

—El regionalismo nos lleva al nacionalismo. La nación y la patria han cumplido durante más de un siglo una función mítica en Europa. Este mito parece no tener ya valor propio precisamente donde nació, en el seno de la burguesía europea, hoy internacionalizada, mientras que se difunde dentro de la izquierda que un día fue internacionalista y que hoy descubre "las vías nacionales al socialismo". ¿No es acaso un fenómeno contradictorio?

L.-S.—No sé si puede calificarse de contradicción un fenómeno de evolución y transformación. La idea de nación, a comienzos y hacia la mitad del siglo diecinueve, fue una especie de toma de conciencia por parte de elementos "ilustrados", por un lado, e "interesados", por otro: la forma nacional era la que mejor convenía a sus necesidades de expansión económica. Un mercado nacional es más vasto que un mercado fragmentado por todo tipo de barreras provinciales. Entonces el nacionalismo fue una fuerza progresista. Pero las cosas cambian: cambian los grupos humanos, las clases, los intereses. Diría que hay que considerar estas categorías, la categoría de nación, de multinacional, de región, casi como estaciones de un vía crucis, por el que pasan en su movimiento las sociedades.

—Nacionalismo fueron también el fascismo, el nacionalsocialismo.

L.-S.—Sí, pero más tarde. Sólo en nuestro siglo hemos visto transformarse esta idea y cobrar nuevas connotaciones (y otras que cobrará en el futuro). Después de todo, si hoy los más nacionalistas son los partidos de izquierda y de extrema izquierda, ello se debe a que el ámbito nacional parece un contexto mejor para defender sus intereses y los de los grupos sociales que representan.

—¿Puede ser positivo el nacionalismo que está surgiendo en África y Asia?

L.-S.—En determinada fase de la evolución de estos países, claro que sí. Puede corresponder a la necesidad de tomar conciencia de sí mismos como comunidades y colectividades.

—A propósito de nacionalismo: usted habló antes de guerra santa.

L.-S.—Hablé de sociedades de soldados, no de guerra santa. Fijémonos en el Islam en el Medioevo: hasta cierto

momento, fue conquistador; luego, hubo de defenderse de aquellas invasiones occidentales que se llamaron "cruzas". Cuando hablo de una sociedad de soldados, pienso en una forma militar de organización social e intelectual.

—Me refería a las guerras entre países socialistas, al conflicto China-Vietnam, Vietnam-Camboya, a la rivalidad entre la URSS y China.

L.-S.—Estos países han tratado de hacernos creer en la imposibilidad de una guerra entre Estados socialistas, en la existencia de una ideología (la ideología comunista, marxista) más fuerte que las demás ideologías y en la que todas ellas serían asumidas y disueltas. Resultó no ser verdad. Hoy nos damos cuenta de que otras ideologías y otros sistemas de intereses —los intereses nacionales— son más fuertes. La oposición entre Rusia y China se remonta a varios siglos, como las rivalidades en el Asia Sudoriental.

—Sin embargo, ha habido ideologías jóvenes y victoriosas, como el cristianismo.

L.-S.—Me pone usted en un aprieto, porque me obliga a hablar de muchos problemas que no son de mi competencia. En fin, cuando se habla del triunfo del cristianismo, ¿se hace referencia solamente el triunfo de la ideología cristiana? ¿O han contado asimismo tantos otros factores para los que el cristianismo ha sido un "instrumento ideológico" que en un momento dado confirió vigor y fuerzas particulares a esta o aquella otra formación social ya existente y dotada de una razón de ser propia? Cada nueva ideología está obligada a inscribirse en la configuración de ideologías anteriores, así como en la de realidades sociales y económicas. De ahí que resulte modificada.

—¿Se puede decir que la Historia y la legitimidad histórica han refutado el marxismo?

L.-S.—Hay que distinguir entre marxismo como pensamiento teórico y marxismo como ideología. Marx fue el primero no sólo en utilizar el

método de los modelos, sino también en comprender que para analizar los fenómenos humanos había que superar el nivel de la conciencia y buscar lo que hay detrás. Tropecé con el pensamiento de Marx a los diecisiete años; de joven tuve una gran actividad en el Partido Socialista; lo que me queda de entonces es la certeza de que el método de Marx es esencial para las ciencias del hombre. Por el contrario, por lo que se refiere a la ideología, la verdad es que no se puede interpretar nunca un momento de la Historia y del devenir de la Humanidad mediante una sola ideología dominante. Una ideología puede parecer soberana, pero en realidad jamás

reina sola. Lo hemos olvidado. La que hoy se llama crisis del marxismo, no sólo porque así la ha desigando este o aquel ideólogo, sino en la "Realpolitik" mundial es más bien la crisis de una ilusión, la ilusión de que una única ideología pueda servir de clave universal para comprenderlo todo, resolverlo todo. Lo que no es jamás verdad. Hablábamos del triunfo del cristianismo. Pero he aquí que el ideal de una teocracia papal sobre Occidente a la que estuviesen subordinados todos los intereses económicos y políticos se ha disipado, no ha conseguido sobrevivir. Con la ideología marxista asistimos a un fenómeno del mismo tipo.

—¿Se ha convertido el marxismo en "poder temporal"?

L.-S.—Digamos más bien que no se puede tratar la Humanidad como si fuese una torta de una sola capa, mientras que en realidad es una tarta milhojas, formada por tantas y tantas capas superpuestas. Cuando se olvidan las capas inferiores, se comete un gran error, porque inevitablemente acabarán saliendo a la superficie un día u otro. En el caso del marxismo, una de las capas inferiores la constituyen los intereses "nacionales", por los que la URSS y China pueden ser dos países marxistas sin que por ello se mitiguen o desaparezcan sus seculares fricciones nacionales.

—Hablamos de crisis de los valores y del marxismo; pero no hablamos de los Estados Unidos, que siguen siendo el país más importante.

L.-S.—Es un silencio provisional, de este momento y que se debe a que hoy se producen explosiones en puntos diversos del planeta, pero no en Estados Unidos. Ahora bien, durante la guerra de Corea y de Vietnam se hablaba mucho de aquel país.

—¿Es el silencio una forma de separación?

L.-S.—Viví largo tiempo en los Estados Unidos durante la guerra, y allí aprendí casi todo lo que sé de etnología; allí sufrí inmediatamente la influencia de Jakobson (1), encontré sus bibliotecas maravillosas. Es un país que me interesa. Pero me parece, al mismo tiempo, que se saben tantas cosas de los Estados Unidos, de su estructura social, económica, de su cultura. Por el contrario, hay tantos otros países de los que no sabemos nada y que, sin embargo, son importantes. Me parece que al hablar de silencio a propósito de los Estados Unidos, usted es en realidad víctima de una ilusión ideológica que pretende construir una configuración



"Hubo un tiempo en que la cultura era algo que se transmitía verticalmente de una generación a otra". En la foto, familia de indios guayacas, de Venezuela.

(1) Roman Jakobson: Famoso lingüista ruso (nació en Moscú en 1896) y nacionalizado norteamericano. Es uno de los padres del estructuralismo.



intelectual' de la que los Estados Unidos han sido desplazados.

—*Hablaba de silencio a propósito de dos observaciones corrientes, de dos lugares comunes; la primera, según la cual aquel país son la Europa del futuro, con diez, veinte años de anticipación sobre nosotros...*

L.-S.—Precisamente porque nos americanizamos, la imagen que desde Europa reciben de sí los norteamericanos es distinta de la que de sí mismos tienen en su patria. Cuando Europa se haya americanizado completamente, la imagen que tenemos de los Estados Unidos no corresponderá a la auténtica. Norteamérica no será ya la misma.

—*La segunda observación es que, por vez primera desde hace siglos, hay estacionados en Europa Ejércitos de potencias extranjeras, desde los Estados Unidos hasta la URSS.*

L.-S.—Podemos considerarnos "protectorado" sólo hasta cierto punto: no creo que los Estados Unidos nos dicten nuestra política como hacía Francia en Túnez o en Marruecos, hace un siglo. Asistimos a nuevas formas de organización política, que están todavía por analizar.

—*Usted nació en una Europa que era el centro del mundo. Hoy ese centro se ha desplazado. ¿No se encuentra usted a disgusto?*

L.-S.—Es triste. Me apena. Sin embargo, no veo que esté escrito en ninguna parte que cierto tipo de civilización y

una cierta región del mundo deban mantener el predominio por los siglos de los siglos. A lo largo de la Historia, los centros de gravedad y de poder siempre se han desplazado.

—*Pero una cosa es leer eso en los libros, y otra muy distinta, vivir uno mismo la decadencia de Europa Occidental.*

L.-S.—Eso es algo que comenzó antes de que yo naciera y que continuará después de mi muerte. Son sucesos totalmente normales en la Historia. Después de todo, si se trata de construir Europa es para devolverle un poco de fuerza y un poco de independencia.

—*Concluyamos esta vuelta al mundo en ciento veinte minutos con el continente que marcó toda su aventura intelectual, aquella América Latina en la que usted estudió, durante los años treinta, las estructuras elementales de parentesco entre los nambikwara y los bororo, de Amazonia.*

L.-S.—Sigo esos países de lejos, entre otras razones porque la prensa occidental informa poco sobre ellos. Además, hace cuarenta años que no piso Brasil. Pero volveré seguramente antes de morir. No me gusta llorar sobre mis recuerdos. Sé que Brasil se ha transformado completamente; es otro mundo. Zonas que yo recorrí durante meses y meses en piragua, hoy están atravesadas por autopistas. Sao Paulo era entonces una ciudad medio

colonial que apenas comenzaba a desarrollarse de forma anárquica y apasionante. Hoy es una gigantesca metrópoli. Usted es italiano y le confiaré algo que uno no debería decir en una entrevista. He estado en Roma, naturalmente. ¿Y qué hice? Busqué por todas partes los recuerdos de la Roma de Stendhal y de Chateaubriand. En realidad, esta especie de deleite melancólico no me tienta. Además, el Brasil que podría observar hoy apenas me enseñaría nada sobre el que puede existir dentro de cincuenta años. ¡Es tal el ritmo de transformación del país!

—*¿En qué trabaja ahora?*

L.-S.—En problemas que dejé de lado cuando escribí "Las estructuras elementales del parentesco". Se trata de los problemas de las sociedades que no son exclusivamente patrilineales y matrilineales, sino en las que se puede enlazar con la estirpe materna o paterna indistintamente. Estas sociedades ocupan en el mundo un espacio mucho mayor de lo que sospechaba cuando me ocupaba de esas cuestiones de parentesco. Es una vieja y difícilísima cuenta que debo saldar. No soy el único que estoy trabajando en ello, pero ni yo ni los demás parece que estemos obteniendo mucho éxito. De todas formas, sigo intentándolo. He pasado tanto tiempo estudiando los mitos que ya comenzaba a estar un poco harto.

—*Hoy vivimos la crisis de la familia patrilineal y al*

"Japón ha logrado integrarse en la era industrial no por medio de la 'revolución', como ocurrió en Europa, sino mediante una 'restauración' o retorno a la antigua ideología".

mismo tiempo la imposibilidad de sustituirla por otras formas, por ejemplo, comunas o grupos.

L.-S.—Nuestras sociedades son mucho más complejas de lo que eran antes. La comunicación es mucho más intensa, por lo que la célula familiar ha perdido la densidad de comunicación interna más elevada respecto a la comunicación externa que la caracterizaba. La comunicación es hoy mucho más rápida, más fácil fuera que dentro de la célula familiar. Hubo un tiempo en que la cultura era algo que se transmitía verticalmente, de una generación a otra. Hoy se transmite mucho más velozmente en sentido horizontal que en el vertical. Una clase de edad está en comunicación más intensa consigo misma, fuera de la célula familiar, que con otras clases de edad anteriores o posteriores en el seno de la familia.

—*Pero esto afecta a la crisis de la familia, y no a la dificultad de sustituirla.*

L.-S.—Es un poco el mismo problema. Aquí no se trata de tomar nota de la existencia de barreras reales, sino de intentar artificialmente reconstruir barreras, formas de reagrupamiento. Hablábamos de la legitimidad histórica. ¿En qué residía antaño la fuerza de una comunidad, de un pueblecito francés o de cualquier otro lugar de Europa? En que aquella comunidad campesina era el resultado de una estratificación secular, era herencia de un antiguo pasado que la había ido modelando no sólo en sus características consecutivas, sino también en las distintivas, en aquella que servía para diferenciarla de las otras comunidades próximas. No son estructuras que se fabriquen a voluntad, en cinco minutos. Lo mismo podemos decir de la familia y de los "grupos" de hoy. ■

© "L'Espresso" y TRIUNFO, 1979